

# Escalera de compuestos de tipo mujer-criatura en el vasco

YURI VL. ZYTSAR

*Al académico G. V. Stepánov, maestro y amigo*

**1** El vasco (guip. etc.) alaba “hija” tiene formas dialectales, alabara, alabea, pero son seguramente secundarias<sup>1</sup> y en cuanto a las suletinas alhába, alhába, alába, alabá<sup>2</sup>, no dice Luis Michelena qué valor histórico pueden tener. En otro lugar habla sobre la palatalización expresiva de los nombres vascos de parentesco, y halla antecedentes de esta palatalización, a juzgar por la grafía, en “los nombres aquitanos e incluso medievales, como Allauato, Annaia, donde pudo ser una pronunciación geminada o en algún modo fuerte, con el correlato que representa la falta de aspiración en consonantes aspirables en principio (aita, anaie, arreba, etc.)<sup>3</sup>”... “Nunca se ha señalado —prosigue— la frecuencia con que el nombre de la “hija” aparece escrito allaba en autores labortanos del siglo XVII. En Haramburu (1635) encuentro, por ejemplo, allabaric (p. 43), allaba (69, 79, 202, 461). Agur Maria, allaba saindua, allabetaco abantallatuena (103 ss); en Arambillaga (1684) allaba 5, 9, 17, 20, 26, 31, 33, 41, 46, 65 bis, etc. La lista está muy lejos de ser completa. Falta, es cierto, una grafía *ill* que sería absolutamente unívoca, pero aún así se hace difícil dudar de que con /ll/ se haya querido representar una pronunciación palatal de la lateral<sup>4</sup>.”

Y como la palatalización en cuestión de /l/ de alaba, en particular, era expresiva (es decir diminutivo-acariciadora), concluye el gran lingüista vasco indicando la frecuente presencia analógica de los expresivos sufijos (diminutivos y “acariciadores”) en las palabras correspondientes, tanto románicas, como aquitanas y vascas: cfr. it. sorrella, rum. fiica, fica “hija” dim. de fie, etc. Añadamos que incluye en la aducida forma aquitana Allauato tenemos un sufijo -to (diminutivo

1. LUIS MICHELENA “Fonética histórica vasca” (FHV), S.S., 1961, pp. 131-132, 114.

2. Ibid., p. 132.

3. LUIS MICHELENA, *Sobre algunos nombres vascos de parentesco* “FLV”, 2 (1969), pp. 119-120. Las indicadas formas suletinas alhába, alhába precisamente tienen /l/ aspirado, pero no representan, claro, ni aquitano, ni vasco medieval.

4. Ibid.

en vasco) que, sin duda, servía aquí a la expresividad *junto con la palatalización diminutiva de /l/*.

De modo evidente se deduce de todo ello, aunque el propio autor no lo haya dicho, que alaba debe haber conservado su /l/ intervocálica gracias a esta frecuente palatalización (ya que un /-l-/ no palatalizado pasaba en el vasco al /-r-/), y esto nos indica la antigüedad de /-l-/ en cuestión, a pesar de su posición intervocálica. En lo que toca al vasco anaia “hermano” (paralelizado arriba con nuestro alaba), es evidente que este vocablo también ha conservado su /n/ intervocálico gracias a su frecuente palatalización en la historia (sin lo cual habría perdido el /-n-/), y tal conclusión ya no queda para Luis Michelena al nivel implícito, pues para anaia postula expresamente un prototipo con N especial (aNaiá), el cual en el fondo no puede ser otra cosa que un /-n-/ palatalizado<sup>5</sup>.

Recordemos aquí también la teoría de G. Bähr<sup>6</sup> quien pensaba en un antiguo vasco común alhaba (cfr. arriba mod. suletino) donde el paso /-l-/ > /-r-/ hubiese sido impedido por la aspiración de /l/. El propio G. Bähr veía el radical ala de alaba en el vasco alargun “viudo”, “viuda”<sup>7</sup>, pero J. Corominas ha mostrado brillantemente que alargun proviene de ez lagun “sin compañero”<sup>8</sup>. Por fin, la comparación por G. Bähr de alaba con el vasco al-u “verenda mulieris” ya de por sí (sin hablar del prototipo al “mujer” deducido de aquí) está, evidentemente, en contra de todo método científico.

A lo que sé, con ello (es decir con la forma alaba y significación “hija” como las más antiguas accesibles) se agota lo que conocemos hoy sobre el vasco alaba. Es decir, que queda absolutamente obscuro, y lo es también su elemento ba que constituye en general el famoso misterio de muchos términos vascos (los más importantes y antiguos) de parentesco.

Hace dos años en un trabajo especial<sup>4</sup> me he fijado en que, a más de otros, este elemento ba se encuentra también en el vasco illoba “nieto, -a” (tampoco interpretado), donde puede significar lo mismo que en alaba, porque se trata en ambos casos del parentesco de descendencia y no hay aquí tal “distancia semántica” como, por ejemplo, entre “abuelo” y “nieto” o “padre” e “hijo”. En dos términos de descendencia un elemento común puede designar (es lógico suponerlo también) a la persona de segunda o de tercera generación, o al niño (niña) en general, a una criatura.

Sobre esta base (en verdad, muy débil) he tratado de elaborar dos etimologías: para ala-ba “hija”: “mujer-criatura”, lexicalmente “chica, niña” (de donde procede posteriormente el significado moderno “hija”) y para illoba “(del) hijo, o (de la) hija hijo/a”, lo que corresponde directamente a la acepción lexical de

5. FHV, pp. 305-306 etc. Es verdad que se emplea aquí más el término /-n-/ “largo” o geminado (cfr. lat. capanna > vasc. mod. kabana), pero basta decir que es en fin un /n/ palatal el que está en los reflejos españoles del propio capanna latino.

6. G. BÄHR, *Los nombres de parentesco en vascuence*, Bermeo, 1935, p. 11.

7. *Ibid.*, pp. 34-35.

8. J. COROMINAS, “Hurgando en los nombres de parentesco” FLV, 5 (1970), pp. 169-182.

9. YU. VL. ZYTSAR, “Relaciones caucásico-orientales de ola “choza”, alaba “hija” (en ruso) “Kavkazsko-bližnevostočnyj sbornik”, VI, Tbilisi, 1980, pp. 172 s.

“nieto, nieta” resultando con ello en el primer caso un compuesto del tipo calificativo-atributivo y en el segundo el del posesivo.

Hay que indicar ya ahora el paso semántico lexical “chica” > “hija”, que aunque complica la primera etimología es más que frecuente, ya que lo decimos en ruso, en español, en francés, en inglés, etc. etc. “mi niña”, en el sentido de “mi hija” y cuando lo dice un georgiano, emplea precisamente el compuesto, para “niña”, de “mujer-criatura” (khališvili). Signo /kh/ es para un fonema aspirado opuesto a /k/ glotalizado, notado /k̤/ (con un punto abajo).

Por deficientes que sean estas hipótesis etimológicas mías, son las primeras, ya que, repito, por lo que sé, no ha habido ninguna otra propiamente científica sobre las palabras en cuestión hasta ahora.

En segundo lugar, me parece que no se puede proponer ninguna otra hipótesis para la compleja interpretación de las palabras *alaba* e *illoba* como internamente relacionadas (a través del elemento *ba*) y de su elemento *ba* en ambas simultáneamente.

Una confirmación tipológica del análisis propuesto la hallamos ante todo en las estructuras de los compuestos tipo “mujer-criatura” de varias lenguas caucásicas, urálicas, etc. (que no tienen el género gramatical) y tipo “(del) hijo hijo” que nos presenta el georgiano “švili-švili” “nieto, -a”; sirve aquí también la estructura compositiva “hombre-criatura”, lex. “muchacho, chico” de las mismas lenguas caucásicas, etc.

Pero lo que es sobre todo demostrativo es la abundancia exclusiva de los tipos “mujer-criatura” y “hombre-criatura” en ele, propio del vasco y del aquitano (que es, como se sabe, forma casi histórica del vasco). En efecto, en el vasco (y en el aquitano, como nombre propio) tenemos *neska* “muchacha” de *ne* “mujer” + (como creo)\* *ska* “hijo, hija”, “criatura”, es decir “mujer-criatura”; *ema-kume* “mujer” (< “muchacha”) de *eme* “mujer” + *kume* “criatura”, lit. “mujer-criatura”; *ne-skame* “criada” (< “muchacha, chica”) de *ne* “mujer” y *skame* que es, como creo, una variante de *ska* “criatura” con sufijo *-me*, en total (lit.) “mujer-criatura”; luego según el diccionario de P. Múgica<sup>10</sup> *sein-eme* “niña” de *sein* “criatura” y *eme* “mujer”, lit. “criatura-mujer” con el orden inverso de los componentes; *giza-kume* “niño, chico” de *giza* “hombre” + *kume* “criatura” (en Múgica, bajo niño, es del dialecto bajo-navarro y roncalés), lit. “hombre-criatura”, compuesto atributivo-calificativo; vasco (vizc.) *sen-ar* “niño” (Múgica bajo niño) lit. “criatura-hombre” con el orden inverso de los componentes que son *sein* “criatura” y *ar* “macho, hombre”; vasc. *sen-ar*, *sen-har* “marido” (< “novio”, “muchacho”) igual al vizc. recién analizado; cfr. por fin el compuesto ya secundario *aurseme* “niño, chico” (en Múgica bajo niño), donde para determinar el género masculino de *aur* “criatura” sirve, ya no *giza* o *ar* “hombre, macho”, sino *seme* “hijo”, porque esta última palabra se ha establecido ya bien para designar sólo al niño del sexo masculino<sup>11</sup>.

10. P. MUGICA BERRONDO, “Diccionario castellano-vasco”, Bilbao, 1965, bajo *niña*.

11. El compuesto *aur-sein* “niño” para mí no está muy claro, pues puede contener a más de *aur* “criatura”, *sein* significando ya “hijo” del sexo masculino, pero puede también ser un geminado (reduplicación) etc.

2. Es verdad que varios de estos ejemplos exigen en su turno una previa (o viceversa: suplementaria) aclaración que, por lo demás, no se presenta difícil: es ante todo el caso de neska “muchacha” y neskame “criada”, en las que me permito detenerme.

El componente ne “mujer” de estas palabras está reconocido por todo el mundo gracias al vasco ne-ba “hermano de una mujer”, lit. “(de la) mujer -ba”, cfr. su correlato arre-e-ba “hermana de un hombre” lit. “(del) hombre o macho -ba”. En lo que toca al segundo componente de ne-ska, es decir ska, lo consideran de ordinario como el sufijo diminutivo ska de las palabras como mendiska “montículo”, herriska “pueblecito”, hideska “senda” etc., cfr. también belxka “negruzco”<sup>12</sup>. Con ello el variante skame queda, sin embargo, sin explicar (o recibe explicación de tal jaez que mejor sería que no existiese: \*neska-eme “chica-hembra”, “cuya formación pleonática se comprende difícilmente, por lo demás, si se da a neska la acepción actual”)<sup>13</sup>, y esto exige otra explicación para la variante ska, que permita interpretar a la vez skame, porque la comunidad etimológica, entre neska y neskame es evidente, así como entre sus partes ska y skame: ska no es un sufijo aquí, porque no puede serlo skame, una evidente palabra independiente en el pasado, y más aún, palabra no simple (en su turno), sino derivada.

Viceversa: reconociendo ska en neska como “criatura”, tanto más podemos hacerlo con respecto a skame: ne-skame primitivamente “muchacha, chica” debía significar en el aspecto etimológico (una vez más) “mujer-criatura”, y esto nos abre la posibilidad de interpretar la propia forma de skame, su diferencia de ska. En efecto, si skame existió como palabra independiente (“criatura”), no como sufijo, entonces podía contener en sí, ella propia, un sufijo con tal o cual significación: de aquí que ska-me “criatura” se presenta como una forma sufijada, es decir, llevando el sufijo -me, y derivado de la ska “criatura” (sin sufijo): parece, desde luego, que ska y skame “criatura” existían como paralelos morfológicos de una sola y misma palabra.

El sufijo -me puede contenerse en otros vocablos de formación más antigua, incluso kume, ume “criatura”, seme “hijo” o vasc. gau “noche” < \*gaume<sup>14</sup>. Y aunque en el propio campo vasco no se me ocurren ahora paralelos con y sin este sufijo, la situación hace recordar tal paralelo desde el campo vasco-caucásico que es, además, famoso y en muchos aspectos remarcable: vasc. (vizc.) e-rka-me “rama” con /e-/ epentética -kartv -rka “cuerno” (para la diferencia semántica cfr. en el propio vasc. adar “cuerno, rama”)<sup>15</sup>. El carácter de -me en el último caso es indudablemente sufijal.

12. Tomo estos ejemplos del citado libro de G. Bähr, p. 16, que los ha tomado del famoso diccionario de R.M. de AZKUE “Diccionario vasco-español-francés”, t. I, Bilbao, 1950, donde existen realmente.

13. G. BÄHR, op. cit., p. 16.

14. YU. VL. ZYTSAR, *El vasco jaun*, FLV, N 22 (1976), pp. 55-64.

15. En el ubij. qä “cuerno” sin sufijo me también se cree haber perdido el /r/ del anlaut. Sobre la historia de esta comparación, compartida por los críticos más severos, como H. Vogt, véase últimamente el resumen de I. URREIZTIETA-RIVERA, *Basque and caucasian: a survey of the methods used in establishing ancient affiliations*, Ann Arbor, 1980, pp. 68.

En lo que respecta a la semejanza de ska “criatura” con el sufijo diminutivo -ska, es ya un problema aparte y no puede considerarse un obstáculo para lo expuesto. Notemos sólo que, si esta semejanza no es casual, se explicaría por el hecho de que la formación de los sufijos diminutivos (a la par de los del género genitivo) estaba a menudo basada precisamente en la palabra “criatura, hijo”, uno de los importantísimos hechos descubiertos y apreciados en su tiempo por N. Marr<sup>16</sup>. La desaparición de ska y skame como palabras independientes ha debido ser algo ya desaparecido en la profundidad insondable de los tiempos, pero estas palabras debían existir todavía cuando aparecieron neska y neskame, lo que tuvo lugar, a todas luces, mucho antes del límite de nuestra era, cuando neska fue atestiguado neska en el aquitano Nesca. Este Nesca, por lo demás, en el mismo período se conoce también bastante lejos de Aquitania, en el mundo romano, lo que confirma su antigüedad.

La aparición de -ska diminutivo, si se había formado sobre todo a base de \*ska “criatura”, debía, si no determinar, sí influir en la desaparición de la última: es decir, \*ska “criatura” debía ir desapareciendo, como tal, a medida que se iba empleando como sufijo diminutivo.

Si no fuera por neskame, sería posible tomar neska por una formación diminutiva, pero como tal (diminutiva) debía tener el significado de “mujer pequeña” y podía recibir, a la vez, el de “muchacha, niña” solo asignándose sistemáticamente a las niñas: “ah, mi pequeña mujer”, de modo acariciador, dirigiéndose a la chica, hija (vocativo y apelación). El georg.kala “chica”, diminutivo de kali “mujer”, ilustra cómo puede ser esto, cfr. otros diminutivos georgianos, kaluka, kacuna “pequeña mujer, pequeño hombre” con aplicación a los niños y como nombres propios de procedencia “infantil”<sup>18</sup>.

Creo que con ello y con la cantidad de los ejemplos aducidos no hay lugar para el problema de si existían y existen, o no, en el vasco aquitano los compuestos “mujer-criatura”, “hombre-criatura”.

La etimología de alaba como “mujer-criatura”, con las que hemos empezado arriba, se confirma así, no sólo por la existencia tipológica de la estructura composita correspondiente, sino también por su extensión en el propio vasco y aquitano.

3. En lo tocante a la forma primitiva del vasco illoba “nieto” Luis Michelena escribe que tanto en esta como en su otra significación de “sobrino”, la palabra “parece podría explicarse lo mismo a partir de il -(anlaut) que de li- (> lj): sal, lioba, ronc. sul. “lloba” (sul. arralloba “nieto”), mer. vizc. (R. S. 154, Mc. etc.) lloba<sup>19</sup>, mer. llobaide “primo”. lit. “con sobrino”. En los dialectos centrales (a-nav., b.-nav., guip., lab.) hay illoba, iloa, aesc. eiloba; Leic. liobaso “nieto” (FHV, p.

16. YU. VL. ZYTSAR, op. cit. “Relaciones”.

17. Lo mismo pasa hoy con, por ejemplo, las palabras kide/ide; kume, hume, ume y muchas otras.

18. Preparo un trabajo sobre este tema “infantil” en que espero explicar el por qué del fenómeno a la vez que mostrar su extensión (en el aquitano y vasco) mucho mayor (creo) de lo que se piensa.

19. G. BÄHR (p. 25) nota que en el libro de “Refranes” de 1596 existe la forma llouea “la sobrina”.

197-198). Y con otra ocasión: “lloba “sobrino, a” es lo que aparece en ambos extremos de la zona de habla vasca (llobaide “primo”, lit. “con-sobrino” en el diccionario de Landucci) de donde posiblemente los más extendidos son ilioba, lioba”<sup>20</sup>. Como vemos, en este otro trabajo la inclinación del autor es más hacia la antigüedad del anlaut ll- por el factor areal en las primeras apariciones de la palabra en los textos, que son relativamente tardíos.

G. Bähr (op. cit., p. 21) opinaba que “illoba y su variante lioba (/loba) están en la misma relación fonética que iñon, iñor con nion, nior”. Los propios iñon, iñor son, como se sabe, derivados de non, nor con ayuda de ez-; su/n/ está palatalizado por encontrarse detrás de ez > /i-/ y desde luego Bähr querrá decir que se trata de la primordialidad de illoba y más aún de iloba, pero está claro que la aducida analogía es un fundamento insuficiente.

En pos de Luis Michelena yo constataría ante todo que, desde su aparición en los textos, y seguramente desde tiempos mucho más antiguos, la palabra illoba debía tener palatalización expresiva, por la que sin duda debía desarrollar un /i-/ precedente a /l/ > /ll/, pero este /i/ podía existir también como original. Y claro está que con un /i-/ original /l/ debía pasar a /ll/ también ya por razones fonéticas, a las que no faltarían las mencionadas de expresividad. En fin, con un /i-/ original o sin éste hartas razones tenemos para esperar aquí /ll/: por eso son más extraños los varianetes lioba (loba de Bähr, si es real) con /l/ simple y especialmente iloba con un /l/ después de /i/. Y ya que la pérdida de palatalización de /l/ en estas formas me parece difícil de explicar, yo pienso, no en un /ll/, sino más en un /l/ original incluso después de /i/: \*iloba (cfr. Bähr) o \*ilioba con posible lioba a su lado, pero no lloba, illoba, deben ser, a mi ver, primarios.

En todo caso, la forma de partida \*iloba \*ilioba es, como vemos con lo expuesto, no menos posible, que illoba.

Por la parte semántica de la palabra en que coinciden “nieto, a” y “sobrino, a” se ha notado ya que “en ningún dialecto (vasco) se da preferencia, según parece, a la acepción de nieto sobre la de sobrino (o viceversa)” (G. Bähr, op. cit., p. 26). Y a lo que sé yo del campo indoeuropeo, empezando por la “Introducción” de A. Meillet, la indistinción lingüística de “nieto” y “sobrino” es muy antigua y personalmente creo que está ligada con el llamado sistema de avunculado, cuya presencia en el norte de la antigua España, entre los vascos (incluso), ha mostrado con tanta maestría el gran etnólogo Julio Caro Baroja<sup>21</sup>. Ya que para postular una tercera significación de la que surgieron “nieto” y “sobrino” en el vasco illoba no hay ningún fundamento concreto, éstas dos últimas parecen ser ambas bastante antiguas (en el propio terreno vasco) para que partamos de ellas en nuestras operaciones internas. Y siendo así, no hay obstáculo para que tratemos de comprender su mutua ligazón en un período tan remoto como el del mencionado avunculado vasco, que (conocido en general a través del mundo latino) consistía, como se sabe, en una proximidad selectiva o especial entre el tío materno y sus sobrinos, hijos de su hermana, es decir, sobrinos por la línea femeni-

20. El artículo citado “Sobre algunos nombres”, p. 120.

21. “Los pueblos del Norte de la Península Ibérica”, Madrid, 1943. La misma indistinción se observa en el svano.

na, la cual hace a muchos considerar el sistema del avunculado relacionado con el llamado régimen matriarcal. El propio término latino avunculus (de donde procede el nombre del mismo sistema selectivo en cuestión) significa literalmente “abuelito”, y en los propios sistemas de avunculado se aplicaba al tío materno, en señal de proximidad especial. Como se sabe, el abuelo es más cariñoso con sus nietos que el propio padre de éstos, de modo que la misma palabra “abuelo”, símbolo del cariño familiar puede, aplicándose al tío materno, servir para expresar este cariño.

Ahora bien, siendo para sus sobrinos (por hermana) “abuelito”, un avunculus (tío materno) puede y hasta debe, en su turno, llamarse precisamente “nietos, nietitos” (ya que él mismo es para ellos un “abuelito”): como vemos, se trata, justamente de la aplicación de la palabra “nieto” a los niños que son sobrinos (no nietos) por la línea femenina. Con tal aplicación es comprensible que pueda desarrollarse en la palabra “nieto” el otro significado: “sobrino”, el cual, a su vez, puede suplantar el significado original o quedarse a su lado.

En nuestro caso presupone esto que el vasco *illoba* ha adquirido el significado de “sobrino”, más tarde (cambio semántico interno), y que “nieto” es su significación original; cfr. nuestra etimología de *illoba* como “(del) hijo hijo” (véase arriba) precisamente en el sentido lexical de “nieto, -a”. (En mi citado trabajo<sup>22</sup> he tratado de interpretar *illoba* “nieto”/*illoba* “sobrino”, no por derivación interna, sino como formaciones paralelas con el segundo elemento homónimo \*ba “hijo” y \*ba “hermano”, pero veo ahora que no es posible).

El autor que acabamos de citar a este respecto, G. Bähr, escribe (op. cit., p. 26): “La confusión de los dos términos en cuestión (nieto y sobrino) es común a no pocas lenguas. En español la palabra nieto se emplea a veces con la acepción de sobrino y lo propio ocurrió hasta el siglo XVI con el alemán Neffe. Muchos dialectos alemanes caracen de término especial para sobrino, valiéndose de una perífrasis, como Brudersohn “hijo de hermano”, etc. Todavía en el latín de la época imperial nepos era nieto, pero más tarde fue sobrino diciéndose entonces para nieto nepos a filio. El italiano nipote y el castellano nieto conservan en lo esencial la primera acepción, el francés neveu la segunda”.

Como vemos, esto habla en pro del camino semántico para *illoba* que hemos dibujado arriba, aunque los hechos que aquí se aducen son casi todos tardíos y en lo que toca al latín, éste nepos a filio pudo aparecer para distinguir dos nepos ya existentes: “nieto” y “sobrino”. Lo que está fuera de duda es que la homonimia vasca de *illoba* no tiene raíces serias en el régimen troncal vasco, donde las buscaba G. Bähr.

4. Consideremos la lista de los compuestos aquitano-vascos de tipo “mujer-criatura” y “hombre-criatura” (véase arriba, 1).

Primeramente hay entre éstos los que se etimologizan con presupuesto del cambio semántico interno, pero el paso “muchacha” > “criada” no necesita más comentarios<sup>23</sup> y para el de “muchacha” > “mujer”, o “muchacho > “ma-

22. YU. VL. ZYTSAR, op. cit. Relaciones, p. 174.

23. YU. VL. ZYTSAR, “Sobre las designaciones del siervo, criado etc. en el vasco y las lenguas kartvélicas” (en ruso) Macne (Tbilisi), 1980, N 2, pp. 131-137.

rido” se puede aducir otras analogías vascas, como emazte “mujer del marido” < emazte “mujer joven”, o ezkangoi “marido”, lit. “novio”.

Desde otros puntos de vista todos los compuestos en cuestión se escalonan así: a) los de eme “mujer” (ema-kume, sein-eme) que, si asciende en efecto al bearnés hemne id. (como se cree por lo común), indica una formación composital tardía (sea a base de \*ne-kume etc.); b) senar, senhar “marido”; c) neska, neskame que son mucho más antiguos que los precedentes, pues no sólo están reflejados en el aquitano Nesca, sino que guardan un \*ska no gramaticalizado todavía, alaba (si aceptamos su etimología propuesta, junto con la de neska) no menos antiguo porque tiene el elemento ba, propio del estrato fundamental de los términos vascos de parentesco.

El vizcaíno sen-ar “niño”, “chico” debe ser una formación no sólo tardía, sino que reproduce el antiguo senar “marido” existente incluso en el propio vizcaíno (esta chocante reproducción hecha con intervalo de cientos de años, en el mismo terreno, valiéndose del material igual y sin conciencia de ligazón entre el primer compuesto y el segundo, merecería un análisis aparte y volveremos todavía sobre este fenómeno). Un compuesto como gizakume no nos instruye nada sobre su cronología.

Al lector, especialmente si no conoce el mundo inabarcable de los dialectos vascos, le parecerá chocante e increíble ya el número de los compuestos de nuestra colección (“mujer-criatura”, “hombre-criatura”), pero aún más inverosímil debe presentársele esta colección a la vista de la cronología recién descrita, ya que se trata de toda una escalera de compuestos desde hoy hasta lo más profundo de los siglos, cuando todavía estaban vivos tales elementos, como ba y ska, skame. Este escalonamiento (si no la propia cantidad y diversidad en la medida en que se debe al factor dialectal) exige también que le demos una explicación (la de la propia posibilidad de su existencia) que, por lo menos, disipe sombras de duda sobre la parte etimológica propiamente dicha. Es evidente que a la vez debe ser explicado el hecho del mayor número de tipo “mujer-criatura” en comparación con “hombre-criatura”.

Precisemos primero: el escalonamiento en cuestión no es en su esencia otra cosa que *la reproducción episódica* de una sola y misma estructura composital (en sus dos variantes: de “mujer” y “hombre”) que debe haber tenido lugar con enormes intervalos, a lo largo (a la extensión) de varios milenios de años. ¿Qué puede condicionar, pues, llamar a la vida a una reproducción parecida?

Para empezar yo llamaría la atención de dos momentos:

A) Se trata de una lengua que no tiene, y seguramente no ha tenido jamás, el género gramatical que puede marcar, explicitar las diferencias de sexo, mientras que la necesidad de tal explicitación ha vivido siempre y, posiblemente, ha aumentado con el curso del tiempo. Si en esta lengua ha existido las llamadas clases gramaticales con sus medios para dicha explicitación, es probable que tales clases hayan desaparecido (o desaparecían ya) mucho antes de la aparición de alaba y neska, neskame. Se trata así de una lengua en que las diferencias de sexo podían marcarse desde los tiempos más antiguos y durante enormes períodos con la so-

la ayuda de los medios derivativos, en primer lugar de la composición, que en el vasco tiene un índice muy elevado, según Antonio Tovar<sup>24</sup>.

B) La aplicación de las designaciones a los niños en varias lenguas, se diría que en principio vienen marcadas, por parte del sexo, por los conocidos términos del género neutro, como el alemán *das Mädchen*, *das Kind*, rus. *dit'a* (en las lenguas del género gramatical), resp. designaciones correspondientes con marcas de las clases no personales en las lenguas con clases gramaticales; la aparición de los compuestos marcando el sexo de los animales en el vasco es algo ya posterior al tipo "mujer-criatura".

Contando con estos puntos, son exactamente los compuestos marcantes del sexo infantil los que debían aparecer en el vasco en el período (posterior a la desaparición de las clases) profundamente antiguo. Y en vigor los mismos factores de los puntos 1 y 2, tales compuestos en el transcurso de milenios posteriores debían ser periódicamente renovados. Pero tal renovación, reiterada reproducción de un sólo y mismo tipo compositivo, es lo que observamos precisamente en los compuestos aquitano-vascos en cuestión, hasta el punto de reproducir en un caso no sólo la propia estructura "hombre-criatura", sino también el material que ella ya ha revestido una vez hace mucho (*vizc. seinar "chico"*, cfr. el vasco común *sen-ar*, *sen-har* \*chico, niño" hecho "marido").

Está bien claro que una renovación o reproducción así ha debido ser regla para todas las lenguas correspondientes. Pero entonces ¿cómo explicar que no observemos este escalonamiento, estas tres o más capas históricas de compuestos (*neska-seinar-emakume*) en otras lenguas (incluso las que tienen este mismo tipo de compuestos), que no sea el vasco? La respuesta no es difícil y consiste ante todo en que el vasco, a diferencia de otras lenguas, conserva, acumula, no se despidе (etimológicamente) de muchos compuestos, de este o de otro tipo. Es decir que el vasco es exclusivamente conservador, por lo menos en el material importante para un etimólogo. Y en confirmación de esta tesis bastaría aducir el conocido hecho de los derivados vascos (también estratificados a una larga extensión temporal) de la raíz *haitz* "piedra". Y bastaría decir que de una tal colección (de estos derivados) no dispone ninguna otra lengua, aunque en todas hay restos de la edad de instrumentos de piedra. El caso del vizcaíno *seinar "chico"*, *seinar "marido"* de nuevo halla con ello una explicación, esta vez ya suplementaria<sup>25</sup>.

Dirijámonos ahora a la evidente preponderancia cuantitativa del tipo "mujer-criatura" en nuestros compuestos sobre el tipo masculino (*hom-*

24. "Comparaciones tipológicas del Euskera" *Euskera* 22 (1977), pp. 449-476, "Vasco y las lenguas caucásicas: indicios tipológicos", *Euskera* 24 (1979), pp. 13-33.

25. Es de notar que pasando a significar "mujer" (en relación con *emazte* "mujer del marido" y *andre* "mujer") el vasco *emakume* "muchacha" como si dejaba el sitio para que se formasen nuevos compuestos "mujer-criatura" (para "muchacha, chica") y lo mismo sucedía con *seinar* "muchacho, chico" cuando pasaba a significar "marido".

bre-criatura”). Constaría desde el umbral que éste es también un hecho tipológico:

a) Hay lenguas que no muestran el segundo de estos tipos al mostrar el primero.

b) Hay idiomas, como el georgiano que, aunque débilmente, muestran la misma preponderancia (cuantitativa) (véase abajo). Y se constataría al mismo tiempo una “universalía” o “frecuentalia” que consiste en lo siguiente: fuera, por lo menos, de las condiciones del matriarcado (práctico o teórico, expreso o expresado), y sobre todo en las lenguas sin género gramatical y sin cierto tipo de clases gramaticales, el sexo masculino en las designaciones tipo “criatura” tiende a expresarse *internamente, por derivación interna* (cambio semántico “criatura” > “niño” y sobre todo “hijo”) mientras que el sexo femenino casi nunca se expresa así y no le queda en suerte más que la marcación, o la derivación exterior, marcada.

Esto pasa, probablemente, porque hablando de una criatura (fuera de aquellas mismas condiciones aludidas) se piensa ante todo en la del sexo masculino, en el hijo y después ya la hija, cfr. el hecho de escoger las palabras del género masculino (“hombre”, “hijos”) para designar a las personas o niños en general. Incluso el vasco seme podía por eso significar antaño “criatura” y después “hijo”, de ahí su semejanza con sein “criatura”<sup>26</sup>.

En el georgiano las palabras švili, culi, y hasta dze, que hoy significan principalmente “hijo”, antes significaban “hijo, a”, “criatura”, lo que, en cuanto a švili, se ve sobre todo en los dialectos.

Si se recurría a la derivación externa, es decir, a la composición para marcar principalmente el sexo femenino, esto debía restringir mucho, aunque no excluir, las formaciones del tipo “hombre-criatura” tanto en otras lenguas, como, especialmente en el propio vasco.

En otras palabras, con una tendencia como esta, la marcación que surgía (incluso la composital) dirigida a la distinción de las denominaciones “chico” y “chica”, debía caer de modo preponderante sobre la parte de “chica” y no de “chico”.

5. Todo el cuadro dibujado, incluso su parte propiamente etimológica, no quedaría bajo gran sospecha, sino incompleto (tipológicamente), si no se hubiera hallado en las lenguas, especialmente caucásicas, alguna demostración de la antigüedad de los compuestos tipo “mujer-criatura”. Para completar el cuadro

26. Sobre el paso /-me/> /-n/ véase YU. VL. ZYTSAR “*El vasco jaun*”, FLV, N 22 (1976), pp. 55-64. Es verdad que seme tiene la escritura sembe en las inscripciones aquitanas, pero yo pienso que se puede explicar como reflejo de geminación expresiva suplantando la palatalización expresiva, lo que merece un trabajo especial.

yo me dirijo, pues, al otro mundo lingüístico — más estrictamente el caucásico y aún más exactamente al idioma georgiano— porque, como se sabe, entre las lenguas caucásicas es el que posee la documentación más antigua.

Constato ante todo que en el georgiano de hoy se emplean las siguientes palabras:

a) khali-švili “muchacha” (principal y casi único con este significado), de khali “mujer”+švili “criatura”, es decir “criatura del género femenino”.

b) khal-’çuli “chica” de khal “mujer”+culi “criatura”, es decir “criatura del género femenino”.

c) qma-çivili “muchacho, adolescente” con el variante de çuli “criatura” en culidad de segundo componente (desgraciadamente el primer componente qma de esta palabra no está bien claro, pues se diferencia tanto del georgiano khmari “marido” por su anlaut etc., como de los qma “criado, siervo, sierva”, qrma “muchacho, adolescente”).

El segundo de estos compuestos figura ya en el conocido diccionario de I.V. Abuladze<sup>27</sup> lo que es ya testimonio indudable de la antigüedad que estamos buscando: el componente çuli “criatura” de este compuesto también figura en Abuladze en sepe-çuli “hijos del rey”, deda-çuli “familia”, lit. “madre (o mujer) e hijos”, dzmis-çuli “sobrino, a”, lit. “del hermano niño”, saxlis-çuli “bastard” lit. “de la casa (de criados) niño”.

El tercero de los dichos compuestos qmaçvili lo encontramos también en el diccionario en cuestión y no es difícil hallar reproducido, con la misma significación de “criatura, hijo, -a” etc., su segundo componente çvili, variante de çuli, etc.

El compuesto más conocido y demostrativo khališvili (primero arriba) en Abuladze falta, pero creo que sólo por casualidad, la misma que hace que falten en este precioso diccionario los propios componentes de khališvili. En efecto, švili “criatura” como palabra independiente seguramente falta en Abuladze y el que esto es por casualidad, lo averiguamos en el propio Abuladze por los derivados de esta palabra švilaki (= švili) y otros muchos. El componente khali como palabra independiente no está por cierto omitido por completo (allí mismo), pero se da sólo en las acepciones de “čabukidi, gogo, mdedri”, es decir de “muchacha, chica, hembra” faltando la de la “mujer” claramente sin fundamento<sup>28</sup>.

Con todo ello es difícil creer en la ausencia en el antiguo georgiano de khališvili (también) y realmente hay conocedores del antiguo georgiano que me afirman haberlo encontrado en documentos de mucha edad con lo que podemos pensar en tres compuestos antiguos del georgiano del tipo que nos interesa (en-

27. “El diccionario del antiguo georgiano” (en georgiano), Tbilisi, 1973, bajo lo mismo.

28. Sin hablar ya de las fuentes documentales incluso utilizadas por Abuladze, voy a decir que las acepciones de “muchacha, chica” y “hembra” no se habrían podido unir en el seno de una palabra no homónima sin el significado intermedio de “mujer” que además es principal en khali hasta hoy, cfr. aún más khali “mujer” (indudable) en khal-culi (de arriba), a juzgar por khalsaxlisi “criada” lit. “chica casera, de familia”, la acepción de “chica, muchacha” se da a khali por Abuladze con razón, pero la de la “hembra” sin “mujer”, que le da él, me parece inaceptable.

tre los tres empleados hoy) cfr. además važi-švili “chico, muchacho”, lit. “muchacho-criatura” con važa “muchacho”, antiguamente marcado por el sexo (como seme, en el vasco aur-seme).

El material dialectal del georgiano, el de otras lenguas kartvélicas, etc. seguramente aportaría datos más copiosos e interesantes y podría precisar (pero no creo que cambiase esencialmente) por la parte caucásica, lo que sacamos con este sondeo del georgiano.

Aunque atestiguados en los primeros textos, los tres o cuatro compuestos considerados deben representar el último eslabón (capa) en la larga cadena histórica de los desaparecidos compuestos georgianos tipo “mujer-criatura”. Por eso no es extraño el que al lado de aquéllos en los mismos textos, encontremos las formaciones compositales seguramente más tardías como, por ejemplo, deda-kaci “mujer” de deda “madre, mujer” + kaci (hombre) persona”, mama-kaci “hombre” (en Abuladze también “héroe”) de mama “padre”, “hombre” + kaci “persona”<sup>29</sup>, luego mamri “macho”, mamali “macho, gallo” de mama “padre, hombre”, mdedri “hembra”, dedali “hembra, gallina” de deda “madre, mujer” etc. En el vasco aita “padre” y ama “madre” tanto independientes, como en el cuerpo de otras palabras, no muestran en principio predilección por los significados “hombre” y “mujer”, sin embargo hay un raro ejemplo en asto-ama “burrá”<sup>30</sup>, arr-amak “hombre y mujeres”, en Múgica bajo “masculino”, y otros con el sexo de los animales marcado. Mucho más interesante es que las acepciones de “mujer” y “dre”, sin embargo, se unían antes, posiblemente, en el seno de la palabra vasca atso hoy “anciana”, e incluso no se excluye que la última haya precedido históricamente al vasco ama como a un vocablo simplemente pueril, expresivo (Lallwort, del tipo del ruso mama).

6. Conclusión. Como resultado de nuestras operaciones etimológicas, y de una larga ponderación posterior de su realidad, recibimos para su comparación externa el siguiente material vasco:

Compuestos: \*ala-ba o \*al-aba “chica”, lit “mujer-criatura”, \*ne-ska (me), “chica”, \*iloba, ilioba “nieto-a”, lit. (del) hijo, a, hijo-a, (de la) criatura criatura”.

Componentes: \*al (a) “mujer”, \*ska (me) “criatura, chico-a”, \*il, ili “criatura, chico, a, hijo, a”, \*ba (o aba, oba) “criatura, chico-a, hijo-a” (a lo que puede añadirse el vasco kume, hume, ume, “criatura, chico-a” con un anlaut histórico obscuro).

29. Con ser tardía una de estas formaciones, durante o antes del tiempo de los indicados textos, ya había producido, creo, su derivado en forma de mod. mamaci (< mamakaci) “valiente”, cfr. aun mod. diaci “mujer” < dedakaci id. con un dida (//deda) que encontramos no sólo en el megrelo dida “madre”, sino también en el georgiano dia-saxlisi “etxeko-andre”, “ama de casa”, no menos antiguo que su correlato mama-saxlisi “etxeko-jaun” “amo de casa”, reflejados los dos últimos en los primeros textos.

30. Otras veces no sólo se perdía, sino que quedaba único en la raíz: cfr. vasco ku-me “criatura” con /k/ de raíz y posible sufijo -me (si no se trata históricamente de algo como \*kuwe).

¿A dónde y a qué apunta este material?

La radical \*al (a) “mujer” (a través del posible anlaut \*hal) hace pensar ante todo en el georgiano khal “mujer”. Y en contra de lo que dice algún crítico (creyéndose con derecho a criticar) esto no es “etimología fantástica”. Voy a decir más: esto no es (en general, en principio) una etimología, sino una constatación de un hecho: el de que el recibido \*al “mujer” (que podía tener \*h-) se parece ante todo el georgiano khal “mujer”.

Del mismo modo, la radical \*ska (me) “criatura, chico-a” halla su parecido ante todo en el megrelo skúa “hijo (hija)”; en el vasco \*ska falta /u/, pero se conoce que el megrelo skúa asciende a \*sk<sup>w</sup>a, donde a la vocal le precedía todavía un elemento labializante y que éste, en principio, podía perderse<sup>30</sup>; la protoforma verbal kartvélica con /k/: \*sk<sup>w</sup>a “parir” no es menos antigua que la sin /k/: š<sup>w</sup>a “parir”.

Del mismo modo la radical \*ba “criatura” con vocal precedente o sin ésta halla su parecido antes que nada en el abjasiano ba “hijo” (e hija?) y también posiblemente en el kartvélico bad “parir”.

La radical \*il (i) “criatura, hijo, -a” con posible /h/: \*hil (i) halla su parecido ante todo en el georgiano švili “hijo”, “criatura”, lar. skiri id., abjasiano skil id. con /k/, a lo que se puede añadir lo siguiente: /v/ como fonema es en el georgiano, švili secundario, la forma para partir es aquí \*s<sup>w</sup>il (/sk<sup>w</sup>il) —un participio “parido” de š<sup>w</sup>a “parir”; si pensáramos en comparar el vasco \*hil “criatura, hijo” con el georgiano \*š<sup>w</sup>il “hijo”, deberíamos admitir, pues, que esta forma vasca es también un antiguo participio (“parido”), teniendo en cuenta que la comunidad de tales cosas, como el participio, es difícilmente imaginable en el marco de un parentesco “superelemental” (entre familias, por ejemplo, semítica e indoeuropea) y es posible sólo en el marco de un parentesco elemental.

Estamos llegando a la conclusión principal: todos los componentes recién enumerados apuntan ante todo al mundo kartvélico (y no hay ni uno que no apunte). Pero estos componentes son los de los compuestos del grado más profundo de la escalera composital estudiada. Y entre los compuestos de este grado no hay ni uno que no contenga los componentes apuntando a la dirección kartvélica.

Esto ya no puede ser consecuencia de aquella afinidad tipológica que ha conducido a la reiteración de la estructura “mujer-criatura” en el vasco y las lenguas kartvélicas: a medida que profundizamos en la historia de nuestra escalera de compuestos, vemos que el factor tipológico se viste más y más del material común y apunta a la unidad genética del tipo vasco-kartvélico original.

Cuando se fija uno no ya en los componentes, sino en los propios compuestos del vasco: ne-ska, ala-ba, il-oba (al lado de khali-švili, khal-çuli etc.) se tiene toda la impresión de que ante él están diferentes combinaciones, siempre con los mismos elementos kartvélicos unidos por un único y mismo modelo estructural: el vasco ala-ba se presenta como el georgiano \*khal-ba no existente en realidad, es decir como khališvili, “chica” pero con ba en lugar de švili; el vasco il-oba “nieto” produce la impresión de ser el kartvélico \*\*švili-ba (no existe), es decir švili-švili “nieto” pero de nuevo con ba (suplantando al segundo švili); el vasco

ne-ska o ne-skame parece ser una copia casi no desfigurada, completa, del megrelo nena-skua “chica” lit. “mujer-criatura”. En fin, se tiene la impresión de que se trata en cada caso de un compuesto no muy diferente de los de las lenguas ligadas por un parentesco elemental.

Y esta impresión debe ser justa: en dos lenguas realmente emparentadas y separadas hace bastante tiempo, la formación de un nuevo compuesto a base de un modelo común antiguo debe realizarse con palabras comunes todavía conservadas, pero en diferentes combinaciones de éstas. Este parece ser el caso presente.

No es todavía la hora de tratar de interpretar las divergencias fónicas en el material vasco-kartvélico. Por eso me permito sólo una pequeña observación. Como hemos visto, al megrelo /sk-/, georgiano /š-/ en las raíces con antigua labialización de este anlaut les corresponde en el vasco (\*ska, \*skame) una veces /sk-/ igual que en el megrelo, otras un /h-/ puramente hipotético (\*hil “nieta”), pero que es real en hume/kume/hume/ donde alterna con /ø-/ y /k-/. Esto hace pensar en que el protosonido oculto detrás del kartvélico /ska-/(megrelo) /š-/ (georgiano) en casos como skúa, šva, skiri, švili, podía producir no sólo estos variantes históricos /sk-/y/š/- incluso en el vasco, sino también los de tipo /k-/, /h-/.

Posiblemente, éste es también el caso del vasco \*hal (a) “mujer” (en alaba) y aún más —del georgiano khalba “mujer” que con ser así podrían hallar sus correlatos etimológicos en palabras del aspecto \*skal y \*sal o \*šal (como lo es precisamente en el sumerio: šal “mujer”, lo que, por lo demás, nos desvía de comparaciones kartvélicas). El tipo kua “criatura” está muy extendido en las lenguas del Mediterráneo, y N. Marr, no sin razón, hablaba de su presencia en el vasco kume. Pero antes que nada kume se asemeja al vasco reconstruido arriba \*skame (“criatura”) < \*skuame (tanto para kume, como \*skame), donde -me es sufijo y la raíz \*skua coincide casi completamente con el megrelo skúa de igual significado.